

# Tic-tac, tic-tac...

Laura Barba Muñoz

«Tic-tac, tic-tac».

Aquel era, sin duda alguna, el sonido que el ente deseaba oír; sin embargo, la habitación en la que se encontraba seguía sumida en silencio. Un silencio pesado, angustioso, apremiante, una queda regañina que no hacía más que recordarle que no había cumplido su objetivo y que, cuanto más tardara en llevarlo a cabo, menor probabilidad de obtener resultados tendría.

Sus manos, de pulso firme, comenzaron a moverse, decididas. Aquel fue el único indicio de vida en la sala. El ente se hallaba sentado en una silla fría, de reflejos metálicos, y de igual apariencia al resto de la estancia. Ante él, se encontraba una mesa de las mismas características, y era sobre esta donde trabajaba. Absorto en su trabajo como estaba, apenas fue consciente de que sus manos colgaban en el aire y esperaban ejecutar su siguiente movimiento, como si de las extremidades de un muñeco en manos de un titiritero se tratara. Una muda orden hizo que sus dedos se movieran, pero no de la forma que cabría esperar: el mutismo se hizo añicos con un tintineo. Cuando la criaturaladeó el rostro y observó las consecuencias de su ademán, no pudo más que entrecerrar los ojos: su herramienta, aquella con la que trabajaba hasta el momento, se estremecía, temblorosa, sobre la gélida e inmutable mesa. Dispersas a su alrededor sobre la plana superficie de metal, podían distinguirse varias piezas, de igual composición que el material con el que trabajaba pero de menor y casi imperceptible tamaño. Las luces artificiales y pálidas que enfocaban el lugar de trabajo les arrancaron reflejos plateados.

«Tic-tac, tic-tac», se repitió el ente mentalmente. Pero aquel ansiado sonido eludía sus oídos.

La criatura no pudo más que esbozar un gañido incomprensible, exasperada. Con un solo y brusco gesto, se había levantado del asiento que ocupaba. El aspaviento fue tan

rápido que a la silla no le dio tiempo a reaccionar: retrocedió bruscamente, asustada ante la indignación de quien le amenazaba, hasta finalmente doblegarse bajo la inercia del golpe y trastabillar hasta chocar contra el suelo. El eco de su caída perduró unos instantes preciosos que Silencio no perdonaría: cuando este volvió a imponerse, el ente caminaba cual fiera enjaulada, encerrado en la hermética estancia. Una retahíla ininteligible y sin sentido brotaba de entre sus labios en murmullos atropellados. Sus manos, entrelazadas y atadas, inmovilizadas a su espalda con lo que le restaba de voluntad, se cerraron la una sobre la otra, pero las esposas carnales no perduraron. Los susurros cobraron fuerza y se transformaron en un grito desesperado, lo que fue toda la advertencia que sus artilugios recibieron antes de iniciar el vuelo y conocer el mismo destino que había sufrido su amiga la silla poco antes. El concierto de tañidos no tardó en apagarse ante el enmudecimiento de la voz del director, que finalizó el musical golpeando una de las paredes del lugar con el puño cerrado. La placa de metal del laboratorio se hundió ante la fuerza del puñetazo. Toda energía que pudiera haberle impulsado a llevar a cabo aquel gesto se esfumó inesperadamente. Se dejó caer al suelo, repentinamente cansado. Una mirada carmesí fue testigo de su abatimiento. Tristes y vacíos, fueron sus propios ojos los que le devolvieron una mirada ausente, quizá simplemente porque no tenían un hálito de vida que ofrecer. A falta de algo mejor que hacer, sus rubíes observaron el rostro que adornaban: delicados filamentos de plata cubrían su cuero cabelludo y su pálida tez estaba decorada con signos dorados dibujados bajo la piel y exteriorizados en esta. Sus rasgos andróginos se contrajeron en una mueca: un igual, sólo luchaba por un igual; un compañero, un alguien que se mantuviera a su lado pasara lo que pasase. No obstante, parecía que, de nuevo, sus intereses habían sido vencidos por fuerzas mayores. Y estas... Estas eran...

Un maldito reloj.

Sus ojos se desviaron, aún a través de la placa metálica, hasta una sombra a su espalda: otra mesa. Sin embargo, ni esta estaba desocupada ni sus experimentos habían sido esparcidos por el suelo. De hecho, sobre esta

se hallaba, perfectamente ordenado, el resto de material con el que había estado trabajando: su mayor meta, el todo en que había unido sus respectivas partes... con una excepción.

—Tic-tac, tic-tac...

El ente se alzó. Poco dispuesto a menguar a pesar del peso de sus elecciones sobre los hombros, reunió fuerzas suficientes para acercarse a la mesa contigua a la que anteriormente trabajaba y apoyar sus delicados dedos de uñas largas y afiladas sobre su superficie. Un chirrido, y la mesa fue arañada de forma inconsciente hasta que las yemas de sus dedos se posaron sobre piel y comenzaron a acariciar, de forma más delicada, su creación. Una garra fina y de acabado afilado, un brazo delgado pero fibroso y musculado, y unos rasgos suavemente definidos, débilmente marcados, e igual de andróginos que los de su dueño. Lo único contrario a él eran su sexo y su cabello, ya que el de esta última criatura era dorado y aleonado. Sus ojos carmesíes eran rasgados, y un par de agudos colmillos sobresalían de entre sus labios. ¿Su cuerpo? Su cuerpo descansaba, inerte y abierto en canal, sobre la camilla de hierro que en otras ocasiones había hecho de mesa. Su blanca piel, abierta desde el pecho, era más gruesa de lo habitual. El interior de la figura aleonada estaba prácticamente vacío a excepción de una red de filamentos plateados, que entretejían las entrañas de la criatura hasta el dibujo que trazaban en su pecho y, de cerrarlo, traspasaría su piel y se proyectaría sobre esta: un *anj*, una llave de la vida. Llave que su creador aún no había encajado.

—Tic-tac, tic-tac, tic-tac... —farfullaba él, sin descanso.

Cuanto más tardara en dar con ella, más se deterioraría el proyecto y menos posibilidades de éxito tendría, se recordó. Con energías renovadas, se agachó con gracilidad y gateó hasta dar con su instrumental de trabajo: bastidor, engranajes... Reunió lo dicho y se levantó para depositarlo al lado del cuerpo inerte de la mujer leonina. Dónde estaba su fuente de energía, dónde... La grandiosa mente del impaciente sabio maquinaba a toda velocidad. Sus dedos se movieron con rapidez sobre el proyecto de

reloj que acaparaba sus pensamientos y lo voltearon una y otra vez, tratando de subsanar fallos y encontrar solución a su problema. Dónde estaba su fuente de energía, dónde... Colocó su bomba de relojería aún sin mecha que prender en el sitio correspondiente, lo que se traducía en el pecho vacío de la hembra, y luego observó las venas plateadas y artificiales de su cuerpo con ansiedad. Sus dientes mordieron sus labios y sus manos, desocupadas y nerviosas, acariciaron su cabello dorado. Dónde estaba su fuente de energía, dónde... Sus manos se desprendieron del cabello de oro de la hembra. Del cabello... De oro... El ente masculino de rasgos andróginos se paralizó.

Oro. Material superconductor. Algo que podría persistir indefinidamente sin fuente de alimentación.

Los dedos de él volaron al cabello de ella para apropiarse con uno de los filamentos dorados que adornaban su cabeza. Con movimientos ágiles, lo dio forma y lo colocó en el pecho de su experimento, terminando de enlazarlo a su red interna de plata. Un chispazo, calor. Mientras este se extendía por su telaraña venosa, el sabio cerró el cuerpo de su proyecto con celeridad. Una vez hubo acabado de solapar su piel, se alejó levemente y observó los resultados de su creación, conteniendo la respiración.

—Tic-tac —imploró.

Pero nada sucedió. Hundido en la miseria, el ente se dejó caer al suelo, apesadumbrado.

—Tic... —murmuró él, por última vez, dejando morir su voz definitivamente.

—Tac —zanjó un áspero ronroneo.